

Shame

de Steve McQueen

Brenda Ríos

Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza es un libro de Max Scheler de 1913 donde hace hincapié en asuntos del ser, lo espiritual y en cómo —a partir de la vergüenza— el hombre puede aceptarse y desarrollar una mejor sexualidad. La vergüenza es hermana del deshonor y de la expiación, y trata de los asuntos internos del alma, de lo invisible y lo moral.

La versión de McQueen viene de otro lado de las tramas que ocultamos tan bien que se nos olvida regresar a ellas pues se nos hace cómodo no vernos en dimensiones espaciales. Brandon Sullivan (Michael Fassbender), Un hombre de más de treinta años, rubio, alto, atractivo: un buen espécimen, exitoso. Vive en un departamento amplio, aséptico, minimalista en Nueva York. Trabaja en una oficina. Vida impecable, trajes grises perfectos; él es perfecto. Sabemos que hay un truco, lo sabemos porque nos han enseñado a desconfiar de la exquisitez. Este hombre al parecer le tocó todo: el trabajo, el talento, la belleza (una de las más hermosas escenas de la historia del cine será la figura desnuda de Fassbender caminando de la recámara





a la puerta, con su pene al descubierto, las piernas torneadas, él mismo expuesto en completa intimidad física y emocional), este hombre es un obsesivo de la pornografía y las prostitutas. Sospechamos que algo no está bien, y estamos seguros de ello cuando llega a su departamento la hermana menor, Sissy (Carey Mulligan), a la que se había negado a ver durante mucho tiempo. Al romper su rutina, se pone en cuestión la armonía que parecía irrefutable.

Las tomas son abiertas y claras, los acercamientos a los rostros dejan ver los signos de la edad, la pesadez del día, el cansancio repetible. La fantasía erótica surge del instante en que la mano femenina —apoyada en el tubo metálico del metro— muestra el anillo de compromiso; la cámara sube del *close up* del anillo a la sonrisa de la rubia; él sonríe y es todo lo que debe hacer: podría seguirla y tenerla porque las mujeres son objeto de tensión y deseo. A todo esto, qué mayor lugar común que este hombre quien al momento de tener una cita “real” con una compañera de trabajo y llevarla a un hotel no puede hacer el amor con ella y, por el contrario, se comporta como una máquina sexual con las desconocidas que contrata. Lugar común porque si no había quedado claro hasta ese momento, la patología sexual del personaje se demuestra: le es imposible mantener relaciones “normales” con las mujeres. No así con su propio jefe y amigo que marca todo el tiempo la distancia que hay entre los dos, de jefe-subordinado; él es el que castiga, el que controla, el que determina hasta qué punto —y cuándo— la relación entre ambos puede

rebasar la línea de cordialidad y volverse en apariencia una relación afectiva. Hasta donde sabemos —dada la distancia con su único familiar, la hermana molesta— es su única relación interpersonal.

El cuerpo es lugar de búsqueda. El acierto de McQueen es tomar un trozo de la vida de un hombre perdido, oculto en lo visible que es el cuerpo: el placer es un medio, no el fin.

Hay una escena memorable: Sullivan se halla en el mismo hotel donde había llevado a su compañera de trabajo, con la que no pudo tener una erección. Llega una prostituta y, sobre la misma cama que la otra dejó, él le quita la ropa, la pone contra los enormes ventanales y la coge por detrás con violencia, le jala el pelo; las cortinas permanecen abiertas. Un escena de dos tomas, desde el interior de la recámara y desde la calle, al nivel de los autos enfocando la ventana; poco después la cámara sube al cielo, y baja de nuevo pero ahora enfoca al puerto que se ve desde el mismo ventanal. Después de su fracaso viril esta es la escena de compensación y, hasta cierto punto, castigo. Vuelve a ser poderoso, semental, el que tiene el control, no ese hombre extraño frente a una mujer que lo interroga y debe ver a diario y con la que no pudo ir más allá de simples escarceos. Lo verdadero en nuestras relaciones no son las cenas ni las conversaciones de oficina, es lo otro: quitarnos la ropa con desconocidos pagados para estar ahí en el momento de la soledad o la necesidad. Lo verdadero es que el sexo no es refugio. Y sí el modo —como cualquier otro— de pertenecer, de estar en

Shame
 Dirección de Steve McQueen
 Reino Unido, 2011, 101 minutos



alguna parte: en el cuerpo de alguien más. Porque estar *en* alguien es mejor que estar *con* alguien. Entrar en otro. Es la intimidad que se da en dos sentidos: la que elaboramos y construimos para acostarnos con cualquiera; y la que surge pura y natural, sin interacciones sociales intermediarias.

A falta de buscarse afuera, él sabe buscarse en un solo sitio: el sexo. No es patético ni triste, ni solo. Es un hombre desnudo que camina en su habitación, habituado a sí mismo, perdonándose, culpándose. La hermana es el elemento externo que ayuda a mirarlo de otro modo. No sabemos qué pasó entre ellos, no sabemos por qué él no quería verla hasta que ella se instala de improviso en su departamento. Según lo que Sissy graba en la contestadora, vienen de un lugar malo pero no son malos. No sabemos nada más.

Es un bello cuadro Fassbender, sin duda, un cuadro de aridez y pesimismo que no está sumido en ningún tiempo moderno o “poscapitalista”, es un tiempo de llegada, eso, de saber que uno parte de un lugar y se puede quedar a medias en todo: en reconocerse, en hacerse preguntas, en intentar, en echar a perder, elegir entre tirarse de una habitación con vista al mar o hacer el amor ahí, pura, frenéticamente. Este hombre nos mira desde lo más cierto porque es lo que apenas comienza a revelarse a sí mismo. **AAA**

